

CUARENTA Y CINCO AÑOS DE LA TOMA DE KUMSONG

Palabras pronunciadas por el General Alvaro Valencia Tovar, presidente de la Asociación de Oficiales Veteranos de la Guerra de Corea, en la ceremonia recordatoria del cuadragésimo-quinto aniversario de la Operación Nómada.

De la bruma del tiempo surgen nítidos, precisos los recuerdos, como si fuese posible retroceder hacia el pasado de los nueve lustros que nos separan de la *Guerra Olvidada*. Configuran esas memorias, todo un caleidoscopio de imágenes que no podemos evocar sin emoción profunda. Emoción que envuelve encontrados sentimientos en los que se entremezclan las luces y las sombras al igual que el horror y la gloria de todo campo de batalla.

Cuarenta y cinco años... ¿A qué horas transcurrieron si su vívida presencia sigue intacta en la mente como si todo aquello hubiese ocurrido ayer? Eramos mil sesenta colombianos sobre la móvil cubierta de acero del Aiken Victory, el buque que nos transportó de Buenaventura a Pusán. De la tórrida costa colombiana a la lejana península donde en medio del fuego y la borrasca se escribía un denso capítulo de la historia humana.

Éramos jóvenes. Sentíamos que por nuestras arterias corría, como

torrente tumultuoso, el ideal y que un mágico vocablo *libertad*, alentaba en nuestros pechos con el agitado golpear del corazón. Cobraba vida en nuestros espíritus la estrofa de Housman: "más allá de los mares nos ha sido ofrecido/ un país que tomar y luego conservar;/ y he marchado muy lejos,/ con los hombres valientes,/ y ahora con los hombres valientes dormiré".

En una contienda que envolvía a medio millón de hombres, nuestro Batallón Colombia con su millar de combatientes era un fragmento apenas de la colosal conflagración. Pero se agigantaba a nuestros ojos porque nos acompañaba en la empresa la imagen de la patria que había quedado atrás, con esa inmensa suma de valores que se sienten más hermosos, más dignos del sacrificio supremo cuando la distancia se interpone entre nuestros empeños y el suelo amado que se dejó a lo lejos, más allá del horizonte.

El cuadro de la pequeña y heroica nación que íbamos a defender en unión de las fuerzas de catorce países, era desgarrador. Hirió vivamente nuestras retinas cuando, en camino hacia el frente, veíamos a lo largo del recorrido de los ejércitos que siguieron las fluctuaciones cambiantes de la fortuna, el tremendo destrozo ocasionado en el país agredido por sus propios hermanos, lanzados a la guerra fratricida por el frío expansionismo del gigante soviético.

Aldeas reducidas a escombros, campos abandonados, esqueletos de árboles desfoliados, puentes en ruinas, escombros por todas partes. Y gente, allí donde pequeños caseríos o viviendas aisladas habían sobrevivido como un milagro a la hecatombe de la guerra. Gente con la mirada perdida, como si no comprendiese el porqué de aquella tragedia que cayó como tormenta de fuego y destrucción sobre sus pobres vidas estrujadas por el infortunio. Y niños, con esa expresión de asombro y desconcierto que deja en los rostros infantiles el golpe de una tragedia inexplicable.

Por ese pueblo abatido, por esa nación desgarrada íbamos a combatir. Ese sentimiento engrandecía ante nuestros ojos lo que de otra manera hubiese revestido un perfil de simple aventura. La causa era noble, y la certidumbre de luchar por ella revestía la gesta que nos disponíamos a emprender de un ropaje que nos acercaba en forma entrañable a la nación atribulada por el asalto sorpresivo y desplazado.

Corea del Sur luchaba bravamente. Arrolladas sus escasas fuerzas en un comienzo, consiguió contener la avalancha junto con los contingentes llegados de la Gran Bretaña y Estados Unidos sobre

un exiguo perímetro defensivo apoyado sobre el río Naktong, con Pusán a sus espaldas por donde llegaban al teatro de guerra las fuerzas de las naciones aliadas. La movilización nacional prosiguió a lo largo del conflicto y un entrenamiento febril lanzaba nuevas unidades a la lucha para que allí, en el furor del combate, se completara su maduración.

Con el desembarco estadounidense en la cabeza de playa de Inchón, se recuperó Seúl, la capital surcoreana y se cortaron las líneas de comunicaciones del ejército invasor. Desde el perímetro del Naktong se lanzó como un ariete la contraofensiva aliada que finalmente enlazó con las fuerzas de desembarco, produciendo el dramático colapso de la agresión norcoreana. Después vendría el ingreso de la China Roja a la contienda, el repliegue aliado en diciembre de 1950, el nuevo riesgo de ser arrojados los aliados al mar, su contraofensiva de primavera de 1951 y la penetración más al norte del paralelo 38°.

Cuando en julio de 1951 el Batallón Colombia alcanzó la línea del frente, la suerte de la guerra estaba aún indecisa. Se habían abierto conversaciones de paz en Pan-mun-yon, simple estrategia dilatoria del mundo comunista en espera de condiciones favorables para reiniciar la ofensiva. Sin embargo, fue el General Mathew B. Ridgway, comandante del octavo ejército en la península coreana, quien se adelantó en la ofensiva.

Se trataba de atacar con el IX cuerpo de ejército sobre el sector montañoso del frente central, en demostración de poderío que presionara a la China comunista y a Corea del Norte para aceptar el armisticio, o en su defecto expandir la saliente

estratégica de la línea Utah en territorio norcoreano. Fue esta la operación que con el nombre código de Nómada, se grabaría en letras de bronce sobre fondo de acero en el historial guerrero de la nación colombiana.

El 5 de octubre nuestro batallón había relevado en la línea de fuego al 10. del regimiento 21 al cual estaba asignado, dentro de la división 24 de infantería, desde su llegada al frente. El 10 se recibía en el puesto de mando del Colombia la orden de operaciones. El IX cuerpo de ejército atacaría al amanecer del 12 de octubre, fecha del descubrimiento de América, lo que acentuaba el recuerdo de la patria lejana, con cuyo nombre en los labios sus soldados se lanzarían a la batalla.

Dos divisiones surcoreanas y la 24 de los Estados Unidos componían el IX cuerpo, señalado para la penetración de la línea enemiga anclada sobre sólidas posiciones fortificadas en las corrugadas montañas de la Corea Central. La ofensiva fue un alud de fuego y de bravura, en el que el Batallón Colombia hubo de tomar por asalto los objetivos señalados para ese primer día del ataque que abarcaría diez de operaciones continuadas. Diez duras jornadas que costarían la vida a muchos de los nuestros, en actos de heroísmo que se hicieron legendarios en todo el octavo ejército.

Un día como este, hace cuarenta y cinco años, la ciudad de Kumsong, importante baluarte enemigo sobre el valle del mismo nombre, caía envuelta en llamas. Era el objetivo final de la Operación Nómada. Se le arrebató al adversario un nudo de comunicaciones de importancia estratégica, a la vez base logística y férrea, articular de la zona central de la península.

El Batallón Colombia convertido en un solo haz de voluntades actuó como punta de lanza los dos días finales de la ofensiva, con ímpetu tal que sobrepasó focos de resistencia enemigos. Uno de estos, en momentos en que nuestro comandante alcanzaba las primeras líneas para impulsar su unidad, lo hirió al igual que a su asistente.

Desde la camilla en la que era evacuado contra su voluntad, el Teniente Coronel Jaime Polanía Puyo lanzó por radio al Batallón vibrante arenga en la que señaló a Kumsong como objetivo de honor. Ahora, sobre la cumbre del cerro 552 calcinada por el fuego de la artillería y de las armas pesadas de la unidad, el Batallón Colombia enviaba su parte de victoria al comandante herido, frente a las ruinas humeantes de Kumsong.

Otros nombres, otros lugares, nuevas breñas innominadas o distinguidas por fríos números de cotas sobre el nivel del mar, se incorporarían al denso historial abierto con la Operación Nómada, merecedora de la citación presidencial de los Estados Unidos y de Corea del Sur por su heroísmo más allá de la línea del deber. En la lejanía, sobre las agitadas aguas del mar del Japón, las Fragatas Almirante Padilla, Capitán Tono y Almirante Brión, trazaban con sus proas de acero rutas de honor, en forma sucesiva, incorporadas a la séptima flota, donde dejarían imborrable memoria de gallardía, precisión, eficiencia y sentido del deber.

El cerro 400, la línea defensiva de Kumwha, los centenares de patrullajes de combate sobre la tierra de nadie, la operación Bárbula, el trágico cerro de Old Baldy, fueron testigos mudos del valor, el coraje, la entrega, las virtudes guerreras del soldado colombiano de todos los tiempos. Dos momentos heroicos protagoni-

zados por soldados rasos eterniza esa historia que hoy nos convoca ante esta pagoda de granito coreano, obsequiado por la noble nación asiática a las Fuerzas Militares de Colombia.

En la Operación Nómada, el Soldado Rodrigo Arango, mortalmente herido, pidió su fusil ametralladora caído con él. "Puedo seguir combatiendo, mi teniente. Déme mi F. A. Yo los puedo apoyar todavía desde aquí. Yo puedo disparar, mi teniente". Y lo hizo. Fieramente. Con los últimos alientos de la vida que se le escapaba, hasta fallecer abrazado a su arma.

Y sobre el cerro 400, el Soldado Pedro Alcántara Pira, cayó herido con una banderita de Colombia en las manos. Desangrándose la entregó al Cabo Primero Mario Delgado, quien la llevó hasta lo más alto del cerro arrebatado al enemigo. Como un corresponsal de guerra americano preguntase a Pira cómo había izado la bandera si no llevaba asta,

respondió el soldado colombiano cuando se le evacuaba hacia la retaguardia, desfalleciente por la pérdida de sangre: "es que yo era el asta".

Así se escribió una historia hoy desvanecida en el tiempo y la neblina. La historia de un batallón de infantería y tres fragatas de guerra, que a nombre de Colombia y de sus Fuerzas Militares cumplieron al otro lado del mundo una cita con el deber y con la gloria. A quienes jamás volvieron a la patria que los vio partir, podríamos decirles que no cayeron en tierra extraña. Porque donde sangre colombiana llegue a esmaltar de púrpura la blancura de la nieve o la tierra ennegrecida por el fuego, hay un retazo de la patria.

Para ellos, los camaradas que clavaron por última vez sus pupilas inmóviles en el cielo de Corea, el bronce del clarín lanza a los vientos un vibrante homenaje de silencio.

HAGA MAS VENTAS POR CORREO, UTILIZANDO EL "SERVICIO DE REEMBOLSO C.O.D." DE ADPOSTAL



Es un servicio que le permite estar en varias ciudades a un mismo tiempo entregando y cobrando a la vez su mercancía! Parece increíble, verdad? Usted hace el envío de sus productos, y en el momento mismo en que su cliente los retira de nuestras oficinas, le giramos su dinero! Además es rápido y seguro!



CORREO DE COLOMBIA
llega seguro y a tiempo!
MAYOR INFORMACIÓN: TELS: 2 41 55 31 y 2 82 68 42